CAPÍTULO XII. *De cómo estos apostólicos varones tuvieron su Capítulo y fue electo el santo fray Martín de Valencia, y se dividieron en cuatro reinos o provincias para comenzar a predicar y convertir a las gentes*

ALLARON LOS DOCE RELIGIOSOS QUE VINIERON a la conversión destas gentes otros cinco de la misma orden franciscana que habían venido antes que ellos a esta tierra, no con autoridad apostólica (como ellos la traían) ni con mandato del ministro general, sino con sola licencia de sus provinciales, y a esta causa no se cuentan por primeros. Los dos dellos (de cuyos nombres no tengo noticia, aunque sé que están enterrados en Tetzcuco) vinieron a vuelta de los españoles a tiempo de la Conquista; y serían de los moradores de las islas, que ya entonces había conventos en ellas. Los otros tres eran flamencos, venidos del convento de San Francisco de la ciudad de Gante; los cuales, oída la nueva del descubrimiento de tantos infieles, pidieron licencia al emperador, la cual alcanzaron por ser todos tres de su patria, y el principal dellos, que a la sazón era guardián del convento de Gante, llamado fray Juan de Tecto, muy conocido de su majestad por ser hombre noble y su confesor, pasaron a estas partes con intento de ofrecer sus vidas a Dios, predicando a los infieles si por ellos los matasen. Y por estar la ciudad de Mexico arruinada de la guerra pasada y ocupada con los españoles se fueron a Tetzcuco donde uno de los principales indios los acogió y les dio algunos niños, hijos y parientes suyos que le pidieron para enseñarlos.

En esto comenzaban a ocuparse y en coger algunos vocablos de la lengua mexicana, cuando llegaron los otros doce, aunque no salían de su recogimiento ni se mostraban fuera, que así se lo había rogado su huésped, porque los otros indios no se alborotasen. Los otros dos frailes de la isla andaban en compañía de los españoles, sirviéndoles de capellanes. A todos cinco recogió el padre custodio o comisario, fray Martín de Valencia, como prelado supremo en esta nueva tierra, y viendo que ya habían llegado al número de diez y siete por todos y considerando la copiosísima mies que Dios había puesto en sus manos de gentes sin cuento y provincias distintas, de grandes poblaciones, parecióle que era necesario repartirse en diversos lugares para que el ministerio de la doctrina y palabra de Dios alcanzase más en breve a todas partes. Y así, habiendo estado en Mexico por espacio de quince días después que llegaron, ocupándose de día y de noche en oración y contemplación, pidiendo a Nuestro Señor su favor y gracia, para comenzar a desmontar aquella su tan amplísima y extendidísima viña, llena de espinas, abrojos y malezas, añadiendo a la oración ayunos y diciplinas; determinó de poner y resignar las cosas en las manos de Dios, de las cuales pendía toda su confianza.

Nunca los santos y los siervos de Dios acometen casos arduos y dificultosos sin comunicarlos con su majestad santísima (de quien viene todo

favor y ayuda) porque en batallas peligrosas, y que los enemigos son fuertes, hallan que es muy necia confianza la que de sí mismos pueden tener; y que para salir con honra y victoriosos es necesario el favor de Dios, el cual es el que rinde y vence a los poderosos, hace que personas muy desiguales en fuerzas venzan gigantes altivos y arrogantes. Quien oye por verdades llanas de la Sagrada Escritura[1] que Goliad, gigante altivo y arrogante fue afrentado, muerto y descabezado por manos de un mozuelo pastor, sin más armas que una honda, que no diga que este hecho fue de Dios y no suyo. Pero el medio que hubo para alcanzar esta victoria fue la confianza que David tuvo en Dios, y de creer es (aunque no nos lo diga la Sagrada Escritura) que invocaría su favor y ayuda y clamaría en su corazón la misericordia del Altísimo; porque después de ofrecerse a la pelea y llegar a confrontarse con su enemigo, tiempo hubo intermedio en el cual no había de ir sin pensar el caso y peligro a que se ponía; pues viendo la justificación de su demanda y la sinrazón de su contrario y el riesgo a que se ponía, también pediría a Dios que le concediese el favor en su justicia; y esto no pudo ser sin algún acto interior o exterior con que llamaría a Dios para que le ayudase y sacase de aquel peligro; y con esta oración y confianza dijo al filisteo: Tú vienes armado y con lanza y escudo en tus manos para hacerme guerra; pero yo vengo contra ti con sólo el escudo de la fe y confianza que tengo en mi señor Dios, cuya causa defiendo y de cuya misericordia espero la victoria; a quien (por alcanzarla) me he encomendado muy de veras. Y para que entiendas que es esto voluntad de Dios y no palabras vanas y arrogantes mías, como las que en ofensa suya tú has hablado, hoy te pondrá en mis manos y con su ayuda te he de cortar la cabeza y no sólo tu cuerpo tengo de hacer manjar de las aves del cielo, pero de otros muchos de los ejércitos de los filisteos. De manera que para hacer este hecho y entrar en la batalla oró a Dios, del cual tuvo revelación (como dice Lira) de que saldría con victoria; porque certificarle su muerte que era cosa muy contingente, en especial con la disparidad grande que había, así en las personas como en las armas, fue revelación de Dios, en respuesta de su resignación en él y oración que le hizo, y celo que tuvo de volver por su santísimo nombre y honra, que tanto había ultrajado el soberbio Jaian y filisteo. Esto prueban aquellas palabras de Josepho,[2] diciendo que dijo David al gigante: Tú vienes armado de lanza y espada contra mí, yo contra ti, con sólo Dios que te ha puesto en mis manos, luego síguese que le había pedido ayuda y favor y que se lo habría concedido.

Pues para quitar la vida a Holofernes, capitán de los asirios, ¿qué no hizo la prudentísima y santa Judith? La Sagrada Escritura nos dice que era viuda ayunadora y penitente dada a la oración, que no salía de un oratorio que tenía en lo secreto de su casa, orando a Dios y derramando lágrimas en su presencia y acatamiento; pero aunque éste era su ordinario nos vuelven a decir las divinas letras, que para entrar en la batalla que esperaba contra Holofernes, se recogió, dobló el silicio, echó ceniza sobre

[1] 1. Reg. 17.
[2] Ioseph. lib. 6. de Antiq. cap. 11.

su cabeza y con mayor fuerza y cuidado, derribada sobre su cara, oró a Dios prolija y ahincosamente.[3] Del pueblo de Dios se dice,[4] que mientras Josué peleaba, estaba Moysén orando, y cuando tenía levantados los brazos prevalecían sus soldados y cuando se le cansaban, reconocían ventaja los contrarios; de manera que para vencer fue necesaria la continua oración de Moysén y que doblase el trabajo en el sustentar hácia Dios los brazos.

Si esto es menester para las guerras corporales, y sin Dios no puede haber victoria, cuanto más es necesario para las guerras y conquistas espirituales; pues los enemigos no son visibles y no sabemos cómo vencerlos, si no es con la gracia de Dios, con la cual San Pablo se hallaba muy animoso para acometer a todo el poder del infierno y para vencerlo. Y así dice que siendo nuestra continua guerra, no con hombres de carne y sangre como nosotros, sino con los espíritus de maldad, contra los poderíos de las tinieblas, es muy necesario que las armas con que nos hemos de vestir no sean carnales, sino espirituales, que es la oración, el ayuno, la diciplina, silicio y mortificación continua, como lo tenían estos santos religiosos estos días. Después de llegados, no la ordinaria con que se daban al favor y gusto de las dulzuras de Dios, sino otra particular y ahincosa, pidiéndole camino y vereda por donde pudiesen entrar por este monte espeso de la idolatría, para cortar no sólo la cabeza a este gigantazo infernal, sino también para destruir y arruinar su ejército y librar las ánimas de tantos infieles de sus diabólicas manos, y hacer destos despojos presente agradable a sus divinos y celestiales ojos.

Pasados estos días dichos, ordenó de tener Capítulo a sus frailes, lo cual hizo el día de la Visitación de Nuestra Señora: dándoles libertad para que eligiesen custodio de nuevo, diciendo que él no había venido sino por su comisario hasta llegar a esta Nueva España. Viendo los religiosos su determinación entraron en votos, y todos juntos se lo dieron al santo padre, conociendo las ventajas que en todo a todos hacía y la necesidad que de su persona tenían para su buen gobierno, aunque el santo prelado lo rehusaba todo lo posible; pero no le valió excusa ninguna para que no le compeliesen a que aceptase el oficio que todo esto pueden los ruegos de los hijos para con sus padres, porque en caso que al hijo le está bien una cosa no rehúsa el padre de concedérsela, aunque sea a costa de su quietud y contento; porque el ruego del hijo querido es fuego que abrasa el corazón del padre y llave con que le abre las entrañas y corazón para obedecerle y no enojarle.

Hecho ya prelado y custodio, no por privilegio del general, sino por elección, trató y consultó con sus compañeros lo que había pensado que era, que se dividiesen y tomasen algunos conventos, y pareciéndoles a todos muy conveniente y que no se podía excusar, y resueltos en ponerlo por obra, previnolos para la peligrosísima batalla en que habían de entrar con saludables amonestaciones, representándoles cuanto a lo primero, la obligación que tenían de dar grandes e infinitas gracias a Nuestro Señor por la

[3] Iudith. 9.
[4] Exod. 1.

inestimable merced que les había hecho en elegirlos por sus ministros en aquel apostolado, fundadores de la fe y religión cristiana, en un nuevo mundo, y de ser gratos a tan alto beneficio, guardando la fidelidad debida en el oficio de evangelizadores y varones apostólicos, y que mirasen que el ejemplo de su vida y costumbres había de ser la principal predicación para convertir a su criador, aquellas ánimas, por la ceguedad de la idolatría, metidos en muchos y abominables vicios; que ya veían la facilidad de la gente y las ocasiones grandes en que se habían de ver tratando con ellos; que fuesen como apóstoles verdaderos enviados de Dios para este ministerio.

Cristo nuestro señor, después de haber hecho elección de sus apóstoles, no sólo los trajo en su compañía por algún tiempo, pero mandóles también ir a predicar y dar noticia a las gentes de su venida, como nos lo dice el evangelista San Lucas,[5] y enviándolos con esta embajada, les dio las reglas y arancel de las cosas que habían de hacer; porque el buen prelado no sólo elige el ministro que ha de promulgar sus leyes, pero indústrialo en lo que ha de hacer y, para que no yerre ni salga de los límites de su voluntad, le avisa con particulares documentos que en su persona ha de guardar, y así les dijo: Iréis advertidos de ir pobres y sin cuidado de la comida y del vestido, ni de otra cosa temporal, sino con sola la palabra de Dios en la boca, para que destituidos y despojados de todo cuidado temporal estuviesen más dispuestos y ágiles para la predicación evangélica.

Lo mismo hizo cuando escogió los setenta y dos discípulos que enviándolos de dos en dos, les dijo: Mirad la copiosísima mies que tenéis entre manos, como segadores de los sembrados de Dios, id con cuidado y echad la hoz sin duelo, mirad que vais como corderos entre lobos, no os amedrente su fiereza, porque si hacéis el deber Dios os ayudará. Yo os envío, id seguros, sin mas cuidado que de predicar y donde fuéredes recebidos, descansad y gozad del fruto que hiciéredes; mirad que habéis de tener muchas tribulaciones (como les dijo en otra ocasión), pero conozca el mundo que sois míos y que yo os envío.

Esto mismo es lo que en esta ocasión les amonesta este padre piadoso a su pequeña grey, a imitación de ese mismo Cristo nuestro señor, que hablando con los suyos les dice: No queráis tener pequeñuela grey, porque ha tenido por bien vuestro celestial padre de daros el reino. Dios que os ha escogido para esta indiana predicación, ha tenido por bien de daros estos reinos, dejando a otros muchos que pudiera escoger, y pues es vuestra la conquista espiritual destas almas, sabedlo estimar y agradecer y dar a Dios las gracias; y vivid entre esa gente donde os envío con tan limpia e inculpable vida, que en ella conozcan todos que sois hechura suya y ministros salidos de su casa.

Ya para esta ocasión se había informado de las provincias que eran más principales por esta comarca, en contorno de veinte leguas de Mexico, y situadas en el mejor paraje para acudir desde allí a todo lo demás que iba

[5] Luc. 9.

corriendo la tierra. Ordenó de quedarse él mismo en Mexico, con cuatro religiosos compañeros, y los otros doce repartió de cuatro en cuatro, por las ciudades de Tetzcuco, Tlaxcalla y Huexotzinco. Tenía en aquel tiempo la ciudad de Tetzcuco más de treinta mil vecinos que le habían quedado del estrago de la guerra, sin quince provincias que le eran sujetas. La ciudad de Tlaxcalla, con sus sujetos, eran más de doscientos mil, y la de Huexotzinco ochenta mil. Y habiéndose comunicado entre todos el modo cómo se habían de haber con los indios y la manera que habían de tener para atraerlos y doctrinarlos. Los que habían de ir fuera de Mexico tomaron la bendición de su prelado y abrazándose los unos a los otros (como los que se despiden para la muerte) con lágrimas se despidieron, encomendándose mucho a Nuestro Señor y tomaron el camino que habían de llevar.

CAPÍTULO XIII. *Del modo que tuvieron estos ministros evangélicos para enseñar a los niños, hijos de los señores y hombres principales y otros niños*

L PADRE FRAY MARTÍN DE VALENCIA CON SUS compañeros en Mexico y los demás religiosos en las provincias y pueblos que les cupieron por suerte y repartimiento, cuanto a lo primero, habiendo tomado su asiento en los sitios que más cómodos les parecieron, hicieron sus conventos y dieron orden con los señores e indios principales cómo junto a los mismos monasterios edificasen otros aposentos bajos en que hubiese una grande sala donde los niños, que pensaban enseñar, se recogiesen para que en ella fuesen instruidos y durmiesen; y junto a esta grande sala, se hicieron otras pequeñas para lo que les fuese necesario de su servicio que en conclusión era una manera de colegio, como entre nosotros lo usamos; y todo esto se hizo con mucha brevedad por causa de ser en aquella sazón la gente mucha, y los señores y principales tenían muy en la memoria lo que el gobernador don Fernando Cortés (a quien no osaban desagradar) les tenía mandado que obedeciesen aquellos sacerdotes y siervos de Dios en todo lo que les dijesen como a su propria persona.

Hechas estas casas y salas, que por la mayor parte están dentro de los patios de los conventos, mandaron a los señores y principales que les trajesen a sus hijos para recogerlos en aquellas salas y escuelas, para enseñarlos en la fe cristiana; los cuales por no ir contra el mandamiento del capitán (como hemos dicho) los trajeron, y muchos dellos (o por ventura la mayor parte) más por cumplimiento que de gana. Y esto se vio bien claro, porque algunos no sabiendo en lo que habían de parar las cosas, porque los corazones de los indios aún no estaban pacíficos, ni los españoles seguros ni sosegados, en lugar de traer a sus hijos trajeron otros mozuelos, hijos de sus criados o vasallos. Y quiso Dios que queriendo engañar, quedaron ellos engañados y burlados; porque aquellos hijos de gente plebeya y co-